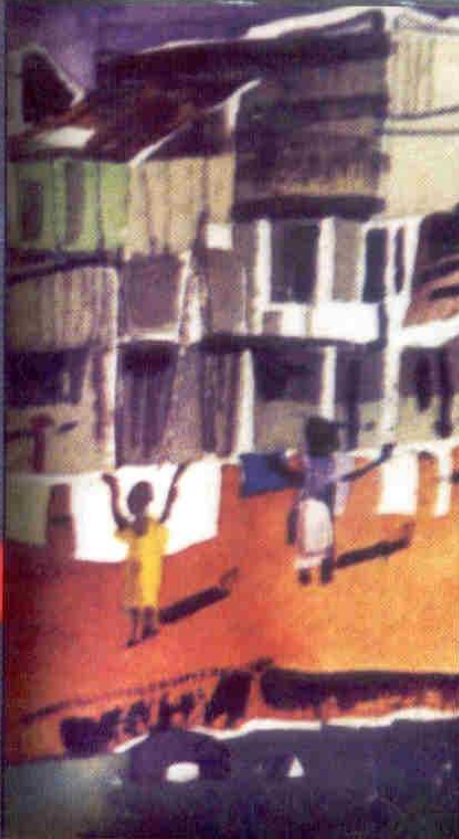


Obra narrativa
Tomo I
Carlos Luis Fallas



NARRATIVA



Editorial
Costa Rica



En un pasaje inolvidable de la novela, Marcos Ramírez reflexiona sobre su pasión por la lectura: “¿De dónde me vino a mí esa afición por la lectura que convirtiéndose en verdadero vicio por tan largo tiempo? Entiendo que la heredé de mi madre. Ella, que apenas cursara el primer grado, leía muy bien y con mucha frecuencia; y siempre encontraba tiempo para hacerlo, a pesar de sus muchas ocupaciones. Recuerdo que a mí, desde muy pequeño, me gustaba mucho oírle leer en alta voz”.

La unidad indisoluble de vida y palabra literaria explica probablemente el lugar de privilegio que la obra de Calufa posee en la literatura costarricense y más allá de sus fronteras.

MARGARITA ROJAS Y FLORA OVARES

NARRATIVA



Editorial
Costa Rica

CARLOS LUÍS FALLAS:
LA AVENTURA DE UNA VIDA¹

Flora Ovares
Margarita Rojas G.

Cuando en 1941 apareció la primera edición de *Mamita Yunai*, y hasta el presente, muy a menudo la primera reacción es asociarla con el contexto histórico, subrayar especialmente su carácter documental o de crónica. Sin embargo, la denuncia política ha sido una constante en la literatura latinoamericana desde siempre. Sólo para mencionar algunos nombres de contemporáneos de Carlos Luis Fallas se puede recordar a Miguel Ángel Asturias, autor de la trilogía de novelas sobre el tema bananero *Viento fuerte* (1950), *El papa verde* (1954) y *Los ojos de los enterrados* (1960). Denuncias del maltrato de los indígenas aparecen en *Huasipungo* (1934) del ecuatoriano Jorge Icaza, *El mundo es ancho y ajeno* (1941) del peruano Ciro Alegría y en los cuentos del salvadoreño Salarrué. En Costa Rica, el enclave bananero ya había sido incluido en la literatura en *Bananos y hombres* de Carmen Lyra, de 1931, en los que el narrador describe los problemas sociales imperantes en esa zona, como la prostitución, la miseria y la ignorancia.

Como en el resto del continente americano, la literatura que escribe la generación de entreguerras fortalece la tendencia social, enmarcada dentro del neorrealismo. En el país, se toma como referencia 1939, año en que apareció la novela corta *Vida y dolores de Juan Varela*, escrita por Adolfo Herrera García, que manifiesta varios rasgos de esta estética dominante entonces en la narrativa costarricense y latinoamericana. Otros escritores de ese momento son Fabián Dobles y Joaquín Gutiérrez; al igual que en Fallas, sus narraciones conmovieron la sensibilidad de los lectores al presentar una sociedad movida por la lucha entre explotadores y explotados, lo que encuadra los problemas individuales en un marco más amplio.

La literatura asume la denuncia de los conflictos sociales y económicos de las clases trabajadoras, con lo cual revela la intención explícita de incorporarse a la vida. Tal tendencia determina varios rasgos comunes de la novela de este período, por ejemplo, recurrir a la crónica periodística, lo cual hace que los relatos se vean como documento verídico o testimonio de una realidad. Sucede así en *El infierno verde* 1935, de José Marín Cañas, que simula tanto ser una crónica de la guerra del Chaco, escrita por un soldado paraguayo, que engañó hasta a algunos historiadores de la literatura que atribuyeron a su autor dicha nacionalidad. En lo referente a la imagen de la nación que proyectan las obras de estos años, se profundiza la visión crítica que había anticipado la ácida percepción del país presente en las obras de Max Jiménez, particularmente en *El jaul*, publicada en 1937¹.

Hay, en estas obras, una particular imbricación entre los espacios, los personajes y los desplazamientos que estos realizan. Como se dijo, aparecen nuevos personajes, desplazados, trabajadores de las bananeras, barreteros y artesanos empobrecidos, en clara contradicción con las fuerzas económicas dominantes. Al mismo tiempo, la naturaleza, lejos de ser un simple paisaje o escenario

¹ Presentación del libro Carlos Luis Fallas, *Obra narrativa* (t. I, Editorial Costa Rica, 2009) pp. XI-XXV.

de la acción, se torna amenazante; el mundo es hostil y esta determinado por el enfrentamiento entre las clases sociales. León Pacheco explicó que, en los relatos de Fallas, el desplazamiento de los personajes por la montaña y las costas posibilita la incorporación definitiva de estos espacios al imaginario nacional².

En general, los personajes de las novelas de este grupo se mueven desde el centro ideológico y geográfico, representado por el Valle Central y, al hacerlo, incorporan nuevos horizontes y paisajes inéditos en el imaginario costarricense: la sabana guanacasteca (*Manglar* de Joaquín Gutiérrez); la costa y los bananales del Atlántico (*Mamita Yunai* de Carlos Luis Fallas, *Puerto Limón* y *Murámonos*, *Federico* de Gutiérrez); la selva conquistada por el trabajo pionero (*Juan Varela* de Adolfo Herrera García y *El sitio de las abras* de Fabián Dobles). En la obra de otros autores, como Joaquín Gutiérrez, el recorrido de los nuevos espacios de la geografía nacional sucede paralelamente a la exploración del interior del personaje en un intento de construcción de una identidad. En el caso de Fallas, el ámbito externo al Valle Central se muestra como un sector enajenado de la nación, sojuzgado dentro de un sistema neocolonial, que representa la United Fruit Company, la Yunai.

* * *

Carlos Luis Fallas escribió cuatro novelas: *Mamita Yunai* (1941), *Gentes y gentecillas* (1947); *Marcos Ramírez* (1952) y *Mi madrina* (1954), que apareció publicada originalmente con los relatos “El taller” y “Barreteros”. Fue también autor de numerosos informes y discursos y de otro cuento, escrito en su juventud, titulado “La dueña de la guitarra de las conchas de colores”. En 1960 escribió *Don Bárbaro*, una detallada y documentada relación de los latifundios de la familia Morice en Guanacaste, y el impacto de esta situación en otros sectores de la población.

Su obra, por lo tanto, responde a los imperativos estéticos y literarios de la época que le tocó vivir; igualmente, la posición política que guió su vida fue también la opción de gran parte de los creadores de su tiempo (Eisenstein, Picasso, Neruda, Asturias, Carpentier). Probablemente sea eso lo que le otorga vigencia y perdurabilidad. En 1962, la Fundación William Faulkner, de los Estados Unidos, le otorgó el Premio Ibero-Americano de Novela por su libro *Marcos Ramírez*. En 1966 recibió el Premio Nacional de Literatura Magón correspondiente a 1965. Murió el 7 de mayo de ese mismo año.

***Mamita Yunai*: aprendizaje y triunfo del héroe**

Esta novela, la más conocida de Fallas, se basa en un informe que el autor rindió ante su partido, el Bloque de Obreros y Campesinos, cuando fue fiscal en Talamanca durante las elecciones de 1940. La crónica de su labor fue publicada luego, por entregas semanales, en el periódico *Trabajo*, del 16 de marzo al 7 de septiembre de ese año. La justificación expresa de la escritura de la novela es, entonces, el trabajo político, fuente principal del relato.

La edición original de *Mamita Yunai* constaba de tres partes tituladas “En el Tisingal de la leyenda”, “A la sombra del banano” y “En la brecha”. A este texto se le agregaron, en ediciones posteriores, otras que constituyen una especie de marco de la novela original: la autobiografía, añadida en la edición mexicana de 1957, y el documento titulado “La gran huelga bananera de

² Véase León Pacheco, “Prólogo” (1970) a la edición de *Marcos Ramírez*, San José: Editorial Costa Rica, 2007, p.14.

1934, a manera de cuarta parte”.

La primera parte de la novela, «Politiquería en el Tisingal de la leyenda», se inicia con el viaje de un joven, por una región desconocida y peligrosa del país en un momento histórico preciso, las elecciones de 1940. Dicho desplazamiento obedece a un mandato de su Partido: buscar una mesa electoral que el oficialismo oculta en lo profundo del territorio nacional. El recorrido del protagonista a través de la zona bananera puede interpretarse como la travesía, llena de obstáculos, de un héroe a cargo de una misión. Para cumplir con el desafío que se le propone, el personaje debe internarse en el sitio más recóndito, donde sobreviven los habitantes originales de este país, es decir, en el “Tisingal”, el pasado desconocido: Tisingal, de acuerdo con una leyenda, era el nombre de unas fantásticas minas de esmeraldas que buscaron los conquistadores españoles.

En este recorrido, José Francisco Sibaja cambia de medio de locomoción: del tren al carro, a pie, en cayuco y finalmente tiene que atravesar el río a nado. Es decir, cada vez depende más de sus propias fuerzas para cumplir su cometido. Así, el héroe novelesco se encuentra ante una prueba que tiene que superar con sus propios medios, su imaginación, sus habilidades e incluso sus recursos físicos: aguanta dieta de pan y agua para no ceder ante sus enemigos, encuentra un sitio para dormir dos noches (en el territorio de los indios y en una cabaña abandonada), desconfía de todos, está alerta. Inclusive se ve obligado a emplear la astucia, la sabiduría, cuando, tras comprobar las dimensiones de la trampa electoral, comprende que no puede oponerse a una fuerza superior a él.

Por otro lado, al obedecer el viaje de Sibajita a un mandato de grupo, que es detener las trampas electorales, su aventura adquiere connotaciones morales. José Francisco asume una empresa riesgosa, asociada con un fin político, de manera que se combinan la estima individual y las metas del Partido. Esto fusiona al pueblo y al Partido y los enfrenta a los ricos y los extranjeros explotadores.

A medida que en su viaje se adentra en la zona, la realidad del entorno golpea su conciencia como si se tratara de una revelación; descubre, a la vez, la localización de la mesa y la situación de abandono y degradación a que han sido sometidos los indios. La descripción de esta realidad genera la reflexión de tono ensayístico sobre el pasado aguerrido de los indígenas durante la Conquista y el contraste con su vida presente.

El relato no sigue un orden cronológico; por eso, en la segunda parte «A la sombra del bano», se narra lo que había ocurrido anteriormente y que explica el comportamiento valiente y maduro de José Francisco. Sus aventuras juveniles en la selva y los inhóspitos bananales de la zona atlántica, que recorre con sus amigos, constituyen un conjunto de pruebas, que temple su carácter y le confiere categoría heroica.

Lo relatado en esta segunda parte posee, como casi todos los relatos de Fallas, referentes biográficos que ya forman parte de la historia del texto pues se incluyen en la “Autobiografía” agregada en la edición mexicana de 1957. Efectivamente, en 1925, antes de terminar la enseñanza secundaria, Calufa se dirigió al Atlántico a trabajar como “liniero”, nombre con que se designaba al trabajador de la zona bananera. Años después, los tribunales lo condenaron a un año de confinamiento en Limón, acusado de injurias y calumnias. En ese lugar, destacó por su participación como Secretario General del Comité en la Huelga Bananera del Atlántico en 1934, la primera que tenía lugar en Centroamérica y que contó con el apoyo de más de diez mil trabajadores. Encarcelado, se declaró en huelga de hambre, actitud que le valió un

gran respaldo popular y la recuperación de la libertad³.

En la segunda parte de la novela, el personaje alcanza la madurez venciendo el conglomerado de obstáculos y retos que le opone la selva. En ese proceso, cada uno de los amigos representa una opción vital, un intento de conseguir el triunfo: de los tres, Calero es la juventud y la alegría, que mueren y quedan atrás, enterradas en el bananal; Herminio envejecerá y fracasará en su intento; sólo Sibajita adquiere conciencia política y triunfa.

Aunque el personaje es uno solo, en realidad existe una importante oposición entre el muchacho que vive las experiencias y aventuras –Sibajita–, y quien las narra –José Francisco Sibajita–. El diminutivo, de alguna manera, “empequeñece”, rebaja o disminuye al personaje. Pero una vez superadas las pruebas, Sibajita se convierte en José Francisco, el hombre experto y maduro que comprende y explica a Herminio el por qué de cuanto le rodea.

¿Qué ha sucedido que confiera sentido al viaje de José Francisco? Tal como se narra en la tercera parte, “En la brecha”, ha tenido lugar para él una revelación: estando en la cárcel, algunas lecturas le explicaron las causas de las situaciones de explotación que conoció. Sus experiencias, enriquecidas por las lecturas, lo condujeron a la ciudad, donde ingresó en el Partido. De esta manera, su conocimiento y su superioridad no provienen únicamente de la vivencia; más bien, los elementos esenciales para comprender el mundo se los proporcionaron el estudio y la militancia política comunista. Los valores positivos que encarna sirven también para describir esa agrupación, cuya presencia es constante en la primera y tercera partes de la novela.

Una vez completo este camino desde la experiencia juvenil a la demostración madura de la superioridad ante el enemigo, sólo resta a José Francisco la narración de sus experiencias. Al contar sus aventuras, logra assimilarlas dentro de una visión más amplia y explicar lo vivido conforme a un esquema político.

De esta manera se enlazan en esta obra, de manera impactante, los esquemas arquetípicos de la búsqueda del héroe novelesco con los elementos de una ideología política. Y todo esto se integra gracias al acto de contar, gracias al poder de la palabra y la literatura.

Gentes y gentecillas: ¿para que sirve escribir?

El héroe triunfante de *Mamita Yunai* contrasta con la derrota del protagonista de su segunda novela, *Gentes y gentecillas*. Desarraigado de su entorno, Jerónimo ha perdido sus propiedades y su familia, y ha sido expulsado de su medio original. Tal situación, que se repite en varios personajes, permite mostrar en la novela una dinámica social de explotación.

El desplazamiento del personaje hacia las fincas de café en la región de Turrialba y su posterior viaje a las minas, muestran el paisaje del Atlántico y las tribulaciones de los campesinos y los mineros. Para el joven, el retorno al Valle es casi imposible: la madre ha muerto, la propiedad está a punto de pasar a manos de unos ricachos y el suelo natal ya no puede albergar a sus hijos. No obstante, la vida en el nuevo espacio le resulta igualmente irrealizable y decide alejarse también de Turrialba. Esta acción está determinada por razones de índole más bien personal, porque el factor principal es de carácter amoroso: la seducción de su novia por un galán de clase más alta que la suya.

³ Para más detalles, consúltese Víctor Manuel Arroyo, *Carlos Luis Fallas*. San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes. Departamento de Publicaciones. Serie Quién fue y qué hizo 1973. El contexto político y social en que se movió Fallas se estudia en la obra de Marielos Aguilar Hernández, *Carlos Luis Fallas: su época y sus luchas*. San José: Editorial Porvenir, 1983.

Todos los elementos del desenlace testimonian la derrota del personaje: “Vuelven a ladrar los perros desde los corredores. Y la luz se aleja rápidamente, línea abajo, más pálida ahora, en la semioscuridad del lluvioso amanecer”⁴. No hay opciones, sólo el destino implacable de la vía férrea. El desplazamiento final de Jerónimo supone más bien un descenso, la entrada a otro laberinto sin futuro.

La novela, como todas las de Fallas, profundiza la crítica ante las nuevas condiciones sociales. Por ejemplo, el trabajo en las minas y la situación de los trabajadores, explicadas en boca del narrador. Se trata de descripciones cuidadosas, que interrumpen el curso de la narración para presentar un cuadro detallado de las particularidades y peligros del trabajo minero.

En otros momentos, las actuaciones o las intervenciones de los personajes dilucidan un problema de carácter político o económico. Por ejemplo, cuando los asalariados culpan a los tractoristas de la escasez de trabajo, la misma discusión entre ellos va mostrando que las máquinas no son las causantes de la desocupación.

El interés de denuncia explica también el uso de otros recursos literarios: al igual que en *Mamita Yunai* las historias insertadas permiten presentar más casos de injusticia o persecución. Se trata, sobre todo, de denunciar los alcances de la explotación que tiene lugar en diversos escenarios, como la finca de café y las minas.

No todas las historias insertadas cumplen con ese objetivo didáctico. Por ejemplo, está el cuento folclórico que narra Jacinto y que evoca el diluvio universal⁵. Un papel interesante juega la historia de la muchacha seducida y burlada, atribuida a Quevedo, que Jerónimo lee a Soledad y que anticipa la seducción de la joven por José Manuel. El tema del engaño amoroso se reitera en la historia de Chepita, que también adelanta en parte el destino de Soledad.

Además de las historias secundarias, un recurso importante en la novela es el de ridiculizar ciertas creencias y comportamientos, como sucede con las tías de Rodolfo y con la pretenciosa doña Rosita. Los juicios de la mujer sobre la moral y los problemas sociales carecen de toda validez debido a su comportamiento risible y prejuiciado. Serán también sus palabras las que permitan una reflexión acerca de la función de la literatura. Para la señora, “La literatura, como la pintura o la música, es un medio de elevarse a planos superiores (...) ¿No están cansados ustedes de las suciedades de esta gentuza de la hacienda? ¿para qué las buscan entonces en esos libracos...? (...) El libro de la chusma es para la chusma, que goza comiéndose su propia cochinada”⁶.

Desde luego, esta idea del quehacer literario es desautorizada y ridiculizada tanto por la actitud remilgada de doña Rosita como por los comentarios de los otros personajes. Más que nada, esta noción de la literatura contrasta claramente con la orientación de la novela, que mantiene en todo momento una actitud de denuncia y de provocación ante los males sociales.

Marcos Ramírez, aventuras de un muchacho

⁴ Carlos Luis Fallas, *Gentes y gentecillas*, tercera edición, San José: Trejos Hermanos, 1967, p. 367. Esta edición estuvo a cargo de Víctor Manuel Arroyo e incorpora las correcciones hechas por el autor a la segunda.

⁵ Indica Víctor Manuel Arroyo que los personajes utilizan “el habla más graciosamente popular y costarricense”. Y agrega que Fallas anhelaba escribir una serie de relatos de tema bíblico, “enfocados con la sencillez ingenua o maliciosa algunas veces, del alma popular”. Víctor Manuel Arroyo, “Prefacio a esta tercera edición de *Gentes y gentecillas*, p. 8.

⁶ *Gentes y gentecillas*, p. 163.

Esta novela se agrega al grupo de obras costarricenses que podrían calificarse de literatura infantil o juvenil que inician con *El huerfanillo de Jericó*, de Manuel Argüello Mora, *El Moto de Joaquín García Monge*, los cuentos de Magón, *Caña brava* de Luis Dobles Segreda, *En una silla de ruedas* de Carmen Lyra, algunos pasajes de *Mulita mayor* de Carlos Luis Sáenz y los capítulos de *A ras del suelo* de Luisa González publicados en el *Repertorio Americano* en 1945.

En relación con los escritores contemporáneos a Fallas, todos tienen en común la predilección por el tema de la infancia, enfocado desde una perspectiva más literaria que didáctica. Con Marcos Ramírez Fallas agrega a ese repertorio un héroe particularmente rebelde, cuyas aventuras como las de Juan Ramón Artavia en *Mi madrina*, se narran sin sentimentalismos, con crudeza.

Marcos Ramírez conserva igualmente rasgos autobiográficos, entre otras cosas porque la acción tiene lugar en el mundo campesino de Alajuela y Atenas, así como la vida en los barrios josefinos de principios del siglo XX, sitios donde transcurrió la infancia del escritor. El relato empieza con la referencia a la familia de los Ramírez, de El Llano de Alajuela, campesinos “reacios, astutos y resueltos (que) dejaron en el barrio una leyenda de aventuras y hechos de valor”⁷. A lo largo de la novela, el narrador protagonista conserva un fuerte sentimiento de pertenencia a ese entorno natal. El alejamiento de ese lugar, un ámbito en el que se desplazaba con total libertad, se vive siempre como una expulsión.

Por otro lado, las aventuras del personaje ofrecen una mirada acerca de las costumbres familiares y los comportamientos sociales de esos años. Los métodos de enseñanza, las relaciones entre los adultos y los niños, la situación de la mujer, las tradiciones y creencias se describen con agudeza e ingenio.

De gran importancia son las lecturas del muchacho, apasionado lector, que vislumbra la realidad a través de las páginas de los libros. Marcos estructura y explica su mundo personal gracias a los conocimientos y vivencias que le proporcionan, entre otros, las aventuras de Buffalo Bill, los viajes de Julio Verne, los episodios de Emilio Salgari y los libros de Homero y Cervantes.

El muchacho, además, se mezcla en hechos históricos de gran importancia, como la lucha popular contra la dictadura de los Tinoco en 1919 y la guerra con Panamá de 1921⁸. En relación con el primero, es testigo de la quema del periódico pro gobiernista *La Información*. El episodio se enfoca inicialmente desde la perspectiva adulta del narrador, que explica la situación política de ese momento; a continuación, narra el asombro de Marcos niño ante los hechos. Entre otras cosas, la impresión que la causa “una mujer bajita, morena y bien vestida” que arengaba a los manifestantes y en quien se puede reconocer a la escritora Carmen Lyra⁹.

Como en ese episodio, en general la narración, dispuesta en orden cronológico, se interrumpe por los juicios y reflexiones del narrador, ya adulto, acerca de los hechos vividos. Desde su presente (“la atalaya de mis cuarenta y dos años”), el narrador se pregunta, por ejemplo, sobre la decisión de descuidar los estudios a raíz de una injusticia de sus profesores: “¿Gané o perdí con ese cambio?”¹⁰

En cuanto al otro hecho histórico del que participa el niño, el conflicto con Panamá en

⁷ *Marcos Ramírez*, p. 20.

⁸ Véase el comentario de León Pacheco, en el “Prólogo”, p. 17-18.

⁹ *Marcos Ramírez*, pp. 118 y sgts.

¹⁰ Carlos Luis Fallas, *Marcos Ramírez*, p.209.

1921, el viaje a Punta Uvita con las tropas costarricenses supone para él incomodidades y hambre y constituye una especie de aprendizaje para hazañas posteriores. Del conato de guerra regresa con pequeños trofeos para la familia, que le permiten darse un aire triunfal ante su familiar: el triunfo familiar y privado, compensa la falta de reconocimiento público que sí recibieron el resto de los soldados. Sucede así porque el personaje es todavía un niño y, como tal, está en el fondo excluido de las actividades adultas y sometido al arbitrio de los mayores.

En cierta forma, la figura de Marcos, el protagonista, se acerca a la del pícaro, sobre todo por el comportamiento espontáneo, casi anárquico y circunscrito al día a día que ofrece el personaje. Marcos quiere sobrevivir, busca dinero mediante argucias, reacciona contra la autoridad y se vale de su astucia e ingenio para rechazar cualquier límite a su libertad¹¹. Como ya lo había percibido en su tiempo León Pacheco, para los costarricenses Marcos Ramírez es “lo que Tom Sawyer de Mark Twain es para el pueblo norteamericano: el arranque de su genio universal”¹²

Mi madrina: una verídica y sincera historia

Juan Ramón Artavia, otro personaje juvenil, que pasa casi inadvertido en *Marcos Ramírez*, se convertirá en el protagonista de *Mi madrina*. En aquella novela, era el Pecosito Artavia, compañero de Marcos, un muchacho estudioso, calmado y amable, que se asoma velozmente por las páginas que narran los años de colegio del protagonista. En *Mi madrina*, la voz del mismo Juan Ramón, ya un adulto, da a conocer sus necesidades y aventuras de la infancia y, sobre todo, los esfuerzos de su madrina para sacarlo adelante en la vida.

Esta historia de carencias, pobreza e ingenio, se sitúa entre dos momentos del texto: al inicio, la dedicatoria, al final, el cambio decisivo en la vida del joven. Dice la dedicatoria: “Dedico estas mal escritas páginas, que resumen la verídica y sincera historia de mi infancia, a la humilde gente del barrio donde yo me crié y donde hoy ejerzo mi profesión de médico. J. R. A.”.

Como puede verse, esta inscripción, por un lado, presenta como real la narración que sigue. Por otro, da cuenta del triunfo del joven Juan Ramón que logró superar su infortunio y convertirse en un médico de los pobres. Por otra parte, el final de la novela indica el camino que permitió al joven el éxito personal, la educación.

Efectivamente, a lo largo de toda la narración, se oponen la educación y la vida forjada por la voluntad, al azar y el juego. La consecuencia es que los personajes que perseveran en el estudio y la lectura y no se someten a los vaivenes de la existencia, podrán finalmente triunfar en sus vidas y ser útiles a los demás. Es el caso, sobre todo, de Juan Ramón. En el otro extremo, están aquellos cuyas vidas están manejadas por el azar y las contingencias. El mejor ejemplo de lo anterior lo constituyen Crisanto Soto, el barbero alcohólico y su familia. Crisanto no puede manejar el dinero: juega lotería y gana un premio que dilapida. Además, víctima de un engaño que lo lleva al crimen, no logra nunca superar su culpa, que trata de olvidar con la bebida. Ni él ni los suyos poseen control alguno sobre sus vidas y todos están a merced de la suerte y la casualidad. A la vez, se alejan del estudio, como Rosaura, su hija, quien deja la escuela.

Al azar se conectan las creencias, que incluyen tanto la brujería y la magia como la religión. Particularmente fuertes son las críticas a esta última, centradas en la figura del cura, el padre Carlos, quien utiliza la fe de los otros en provecho propio. La crítica se dirige más que nada al

¹¹ Elizabeth Frenzel, *Diccionarios de motivos de la literatura universal* (1976), Madrid: Gredos, pp. 240-245.

¹² León Pacheco, “Prólogo”, p. 19.

culto como superstición, la hipocresía y la falta de caridad de los católicos: la novela insinúa que los auténticos valores cristianos, por el contrario, se encuentran en otros personajes, compasivos, bondadosos y solidarios, como doña Mercedes y Bernardo.

El planteamiento es, no obstante, más complicado: si se rechaza el azar y la superstición, ¿por qué Chon, la madrina, es bruja? La mujer no se propone deliberadamente dedicarse a la brujería, lo hace por casualidad. Muy pronto comprende el funcionamiento de su quehacer: la gente quiere algo, desea creer y ella puede utilizar este deseo. Pero aún dedicándose a esa actividad, Chon no renuncia a sus principios morales: defiende el matrimonio y encuentra modos de no dar brujerías para favorecer el adulterio, y en general, trata de no perjudicar a nadie con sus remedios.

Podría decirse que Chon pone a disposición de su voluntad, así como de su caridad y entereza moral, la práctica ilícita. Y no lo hace sin desgarramiento, como bien lo comprende Juan Ramón, testigo de sus remordimientos y dudas. Su juego implica engaño de los que quieren creer en brujerías y a la vez beneficio para los necesitados: Chon encuentra el modo de mantener las creencias pero doblegándolas a una convicción ética.

Además, su trabajo está justificado en la novela, no sólo por la pobreza de la mujer y su ahijado, sino por la ambición de todos de que Juan Ramón estudie medicina, es decir, de que cure como ella, que intervenga para transformar a los otros pero esta vez dentro de la legalidad y las normas sociales aceptadas.

“Barreteros”, justicia desde las alturas

Cuando se habla del cuento “Barreteros”, generalmente se remite a la denuncia de las condiciones de vida de los barreteros y los trabajadores de las minas. Efectivamente, este tema, que Fallas había tratado ya en un capítulo de *Mamita Yunai* y en *Gentes y gentecillas*, es una referencia importante en la presente narración. También lo es la presencia del extranjero, en este caso representada por el *gringo* Mr. Bruce y el italiano Croceri. Tanto la descripción del trabajo de los barreteros como la mirada sobre el extranjero aproximan este cuento a las novelas anteriores. Las figuras de Mr. Bruce, presentado por el narrador y por la Moncha, y el italiano, “grosero y tacaño” completan la visión crítica sobre el mito del extranjero como portador de progreso presente en aquellas novelas¹³.

Sin embargo, en “Barreteros”, el motivo literario de fondo es la relación de compañerismo entre un hombre maduro y su joven ayudante. Sus rasgos físicos parecen oponerlos: Rosales es el Cholo, es decir, el moreno, el costeño; el Cartago es el blanco, el meseteño. Los acerca, inicialmente, el trabajo que llevan a cabo de manera coordinada y monótona aunque no poseen una amistad especial. Ambos, además, trabajan en las alturas, “en equilibrio forzado y peligroso”¹⁴.

Esta posición los separa del grupo de peones que construyen un dique a las aguas del río, bajo el mando de Croceri. Los barreteros, trabajadores de las alturas, corren más riesgos, pero a la vez son más independientes. Así, desde el comienzo del cuento, adquiere importancia el plano espacial, que incluye tanto la descripción del espacio como la posición en él de los personajes. Subir, bajar, caer, desplazarse, todos los movimientos que realizan se relacionan con sus intenciones y sus estados de ánimo e incluso se llenan de simbolismo.

¹³ Flora Ovares et al., *La casa paterna. Escritura y nación en Costa Rica*, San José: Editorial de la Universidad Nacional, 1993, p. 252.

¹⁴ Carlos Luis Fallas, “Barreteros”, en *Barreteros y otros cuentos*, San José: Editorial Costa Rica, 1990, p.17.

Llama la atención que sea el más joven el que, en cierto sentido, cuide al mayor: le venda la mano herida, lo calma para que no pelee, le aconseja no tomar riesgos innecesarios. Pero será la muerte del Cholo y la posterior venganza de Cartago, lo que defina su relación en términos filiales: el joven actúa como el hijo, obligado a vengar la muerte de su padre ante la impotencia, la resignación o la indiferencia del resto de los personajes. El tema de la venganza como forma de reparar la injusticia había aparecido también en *Mamita Yunai*, cuando Herminio venga la muerte de Calero hiriendo a Bertolazzi, al final de la segunda parte.

En “Barreteros”, el ritmo de la narración se acelera para transmitir al lector la premura del joven por cumplir su tarea, en las mismas alturas desde las que cayó su amigo. El paisaje en su totalidad -la lluvia, la noche, el río, la montaña- parece participar de la determinación del muchacho. La explosión, que en *Gentes y gentecillas* servía para ocultar un crimen, para tratar de enterrar una culpa, en “Barreteros”, tiene por finalidad hacer justicia, vengar la muerte del Cholo, de la que se responsabiliza a Croceri. Una vez cumplida su venganza, el Cartago desciende de la montaña, retorna al espacio de lo cotidiano, para cumplir con su compañero otro deber, la obligación de amortajarlo.

“El taller”, crisis y solidaridad

En este cuento, se describe el ambiente y las vicisitudes de los trabajadores en un taller de zapatería. El mismo relato explica con cierto detalle la crisis económica que vivía el país a inicios de la década de 1930 y cómo la situación afectaba a las clases trabajadoras en general y particularmente al gremio de los zapateros. Diversos párrafos aclaratorios dan cuenta de dicha situación o explican el desarrollo de las protestas populares de ese momento.

En el cuento, se reconoce también otro episodio biográfico, la participación de Calufa durante una de las jornadas populares en favor de los artesanos y obreros desocupados, en mayo de 1933. Como le sucede a Cachamba en el cuento, en esa ocasión Fallas resultó herido en un choque de los obreros con la policía.

En el taller, a pesar de las constantes bullas, bromas y competencias verbales y de juegos, los zapateros mantienen entre sí vínculos de compañerismo y amistad. Esta forma de interrelacionarse no es ajena al tipo de espacio en que se desarrolla la acción: se trata de un espacio urbano en el que, a diferencia del espacio de “Barreteros”, los personajes se desplazan de una manera vertical, como en alusión a la solidaridad y la igualdad entre ellos.

Por otro lado, los nombres de las calles, los edificios públicos y las ciudades subrayan la intención realista del cuento. A lo anterior se une la alusión precisa a fechas y hechos históricos y la mención a las noticias de la radio y la prensa escrita, parcializada al momento de informar sobre los hechos.

Entre Gole, uno de los zapateros, y Cachamba, el artesano nicaragüense que se une al trabajo de la zapatería, surge, además del compañerismo, un vínculo semejante al que existe entre un maestro y su discípulo. Gole se vale de su capacidad de persuasión para explicarle a su amigo la necesidad de integrarse a la lucha partidaria. Por ejemplo, le expone, de manera clara y simple, el concepto de plusvalía y le hace entender de qué manera les afecta a ellos la ganancia de los patrones.

El desenlace del cuento, que ha narrado en una especie de contrapunto los acontecimientos sociales y las aventuras de los trabajadores del taller, resuelve ambas situaciones positivamente en un final sencillo y esperanzado.

* * *

A los cien años del nacimiento de su autor, la obra literaria de Fallas mantiene plena vigencia para el lector actual. La solidaridad, la amistad, el compañerismo, la denuncia decidida de la explotación y las diferencias de clase se enriquecen con el conocimiento preciso de los símbolos y los arquetipos literarios.

Como se ha visto, es posible identificar ciertas líneas que atraviesan el conjunto de la narrativa de Calufa. Por un lado, el hilo autobiográfico, validado por el mismo autor al incorporarla en la edición mexicana de 1957 de *Mamita Yunai*. Como le sucede al protagonista, Fallas ingresó en el Partido Comunista, sufrió prisión por algún tiempo y una vez en libertad, se reincorporó a la organización por el resto de su vida¹⁵.

Además, como sucede con la protagonista de *A ras del suelo* de Luisa González, y posteriormente con Cecilia, personaje de *Manglar* de Joaquín Gutiérrez, el marxismo y la militancia política abren a los jóvenes arrojan una luz nueva sobre el mundo que les permite explicar los mecanismos sociales de manera inédita y les otorga un sentido al quehacer cotidiano. Tampoco dejó de lado la convicción acerca del poder de la educación y la ciencia como camino de superación individual y de servicio a la sociedad. En *Mi madrina*, especialmente, ambas se revelan como medios de superar el atraso que representan las creencias irracionales.

El joven Marcos reflexiona sobre su pasión por la lectura: “¿De donde me vino a mí esa afición por la lectura que convirtiéndose en verdadero vicio por tan largo tiempo? Entiendo que la heredé de mi madre. Ella, que apenas cursara el primer grado, leía muy bien y con mucha frecuencia; y siempre encontraba tiempo para hacerlo, a pesar de sus muchas ocupaciones. Recuerdo que a mí, desde muy pequeño, me gustaba mucho oír la leer en alta voz”¹⁶.

Como todo gran escritor, Carlos Luis Fallas fue siempre un gran lector. El recuerdo en la infancia de la madre que lee une la imagen generadora de vida con la palabra escrita. La unidad indisoluble de vida y palabra literaria explica probablemente el lugar de privilegio que la obra de Calufa posee en la literatura costarricense y más allá de sus fronteras.

¹⁵ Como miembro de dicha organización, Fallas tuvo a su cargo importantes puestos políticos y sindicales; también participó militarmente en la guerra civil de 1948, en defensa de las garantías sociales, contempladas desde 1932 en el programa del Partido Comunista e implementadas por el gobierno de Rafael Ángel Guardia. En dicha contienda destacó por su valor y el respeto a los prisioneros. De nuevo fue encarcelado y estuvo a punto de ser fusilado; según sus palabras, “salvé la vida y recobré la libertad gracias a las protestas del pueblo y la solidaridad internacional”, Autobiografía, en *Mamita Yunai* (San José: Editorial Costa Rica, 2007) p. 16.

¹⁶ Marcos Ramírez, p. 139.